

Poemas

Lorenzo Helguero

EL OTRO HEROE

Y Beissán dijo: yo no soy el Héroe

Porque creías en los signos esculpidos en la piedra,
porque amabas la Belleza y tu espera había sido larga
como la noche primigenia,
porque tu palabra besaría la piel de la diosa y la luna,
porque el ojo del búho anunció la luz,
te has enfrentado contra el Dragón y has conocido el
miedo.

No hubo jamás una lucha tan hermosa, donde el brillo de
la espada igualase al canto del Monstruo.
(Tu mano acaso fuese guiada por la voluntad de los dioses
o acaso los dioses permanecieran ciegos ante el
fulgor de la batalla
y no observaran cuando tu espada desnuda de odio
horadara la carne del Dragón).

Ha caído el Dragón sobre la tierra simulando la caída del mundo
y la Naturaleza ha permanecido imperturbable:
los ríos y las aves han continuado su curso paralelo.
Y tú has cercenado Su cabeza para hacerla rodar hasta las
aguas donde terminan los reinos conocidos.

Tal como lo indicaban los signos la cabeza ha descansado
en la orilla mirando hacia el norte,
ha descansado mientras tú esperabas a que la diosa saliera
del mar
aún más niña bajo la complicidad de la luna,
pero del mar solamente ha salido una gaviota muerta
arrojada por la furia de las olas.

Has esperado hasta comprender que los signos esculpidos
en la piedra
son tan vanos como las moscas sobre la miel o sobre los
muertos.

REYES ROJOS

*Desde la aurora
combaten dos reyes rojos,
con lanza de oro.*

J.M. Eguren

1

El Dador y el reflejo o el reflejo y el Dador,
el Cuerpo y la sombra o la sombra y el Cuerpo:
cómo saberlo si una misma luna ilumina nuestras
voluntades
y una misma lejanía azul nos separa de los dioses y los
hombres.

Hemos luchado desde las primeras tardes silenciosas,
de gélidos inviernos a otros inviernos, entre bosques y
cerros y auroras y noches.

Un infinito combate.

Pero ahora él (¿la sombra?, ¿el Cuerpo?) ha caído sobre
esta tierra sin nombre
y me ha mirado con un temor nuevo en sus ojos mientras
yo (¿el Dador?, ¿el reflejo?)
levantaba mi lanza como promesa de victoria hecha a esas
aves que vuelan magníficas en claridades opalinas.
¿Barbados y rojos habremos de volver al rito?
¿Habrá de descansar otra vez el oro en sus blancos
cabellos?

Aunque el silencio de la mariposa ciega la fuerza de mis
brazos
puedo implorar a los dioses o buscar
el odio dormido desde siempre entre mis huesos.

Porque el tiempo es una mano áspera que deforma los
 cuerpos
 y el hastío el rostro que arroja una máscara de bronce a las
 profundidades del mar,
 he arrojado mi lanza para romper los espejos de la noche,
 y mis ojos –vesánicos, vivos, voraces– permanecen.

(¿No ves el rayo que anuncia otro rayo?,
 ¿no ves caer a lo lejos una lluvia de cristal?,
 ¿no ves cómo las nubes se desplazan como olas prestas a
 ejecutar la justicia de un dios?).

Su cadáver sería el más hermoso sobre la tierra y bajo la
 tierra,
 pero en estas colinas sólo la Nada:
 ni siquiera un resto de su corona o sus vestidos
 ni siquiera una estrella de sangre en la piedra que pisara
 imponente y majestuoso.
 Sólo la Nada y el camino que ha de llevarme hacia inútiles
 reinados
 donde he de dormir en inútiles palacios junto con inútiles
 mujeres,
 porque sé que toda espera es vana, porque sé
 que no ha de venir el ave a ofrendarme en su pico un
 cabello de oro.

Si barbados y rojos no habremos de volver al rito,
 ¿por qué no puedo yo también ser sombra y en la sombra
 fundirme con la noche?

CASA DE BALLENA

Ciego estoy, mi casa es la ballena.

Lezama Lima

1

Jamás la Palabra de Dios se posó sobre mis oídos,
jamás huí de su angular presencia;
si vine a estas playas fue para ver a la Ballena que como
una estatua de sal dormía sobre el océano.

Tal vez seguía algún designio, tal vez
mis pasos violaban una sentencia:
las aguas eran apacibles y rodearon mi cuerpo con el
silencio de la seda.

No fui arrojado a los abismos
ni las corrientes marítimas atenazaron mi cabeza;
más bien sobre ella las algas tejieron una corona fértil.

No fue difícil el camino hacia el pez
porque el deseo supera todo escollo,
y llegué como la lluvia a su boca para ser en el lugar de
los vivos,
dulce vientre de mar.
Y no había Dios.
(¿Dios? ¿No era acaso tan vano como los ídolos que
señalaba con su dedo de barro?).

Era la noche más hermosa cuando fui con la Ballena, y
aunque ciego, vi a través de sus ojos.

Nueve meses en el vientre de la Ballena fueron más que
nueve meses en el vientre de la Ballena,
fueron nueve meses de encierro entre sus paredes de carne,
comprendiendo que la oscuridad es una forma del silencio.
Pero sus ojos eran mis ojos y aprendí a ver a través de los
cristales.

Bajo un sol distinto, bajo una luna
que jamás había mostrado una blancura tan intensa y
hermosa,
emprendimos un viaje hacia las profundidades del
horizonte y el mar,
cargando en mis manos los cerrojos de la tierra destinados
a cerrarse tal vez para otros hombres.

Los oídos del pez eran mis oídos, y escuché el canto de las
sirenas y las aves rojas,
y después sólo el mar y después la isla donde nueve niñas
llegaron hasta mí para ser fundadas y fueron
fundadas.

Bajo cielos de diversos matices recorrí lugares antes
desconocidos por el Hombre,
y al noveno mes –Dios no escuchaba– la Ballena encalló en
la orilla
y yo salí del mar como una nube inmensa.

Como un jinete montado en el lomo de una vaca muerta,
con la blancura incorregible del Cisne bajo la luz de la
noche,
y el rumor pertinaz de los árboles caídos en el viento;
cargando lo Inevitable sobre mis hombros, poseyendo
la ironía de las flores que señalan el tiempo sobre mi
rostro, escuchando
el frío canto de la Muerte que he podido escuchar sin
sucumbir;
mientras la ola gime como la mujer ante el nacimiento o el
amor
y las aves anuncian el paso de los días y el devenir de los
días;
mientras el silencio es la esperanza de que nazca en cada
boca un ojo cristalino,
y el fuego una espada que traza en el horizonte la agonía
del día;
como un beso detenido por la fuerza de los siglos que al
cabo despierta en la sed de la rosa,
como una piedra arrojada de la noche a la noche,
como un pez
me alejo del cuerpo de la Ballena
y sus ojos silencian.

Mis huellas todavía son húmedas:
único vestigio material de mi viaje hacia el conocimiento.
(¿Pero fue el pez quien me arrojó de sus entrañas,
o una voluntad ya olvidada la que me hizo descansar en el
mar y luego en las orillas?).

Allá está la Ciudad que no ha de escucharme porque no
debe escucharme,
porque mi palabra no es la de la Ballena
ni pretende ser la de Dios.

Allá está la Ciudad donde las prostitutas humedecen sus
senos con vino
para que los mercaderes liben en ellos hasta embriagarse
de hastío,
donde el deseo es la ley que rige los cuerpos
y los eleva en una sinfonía terrestre.

Es oscura la Ciudad,
pero sus calles se iluminan de belleza,
de una belleza espinosa y florida que besa mis ojos y mis
labios.

He de callar.
Hablar de los demás es acto de profetas.

Nadie es profeta en su tierra ni en ninguna parte.
Yo no he venido para anunciar el hastío de Dios,
yo no he venido para anunciar un tiempo más oscuro.
La Ciudad será destruida o no será destruida:
nada se puede saber con certeza cuando Dios es ajeno y
silencia como la piedra.

Una planta de ricino ha de brotar cerca de mí para
ofrendarme su sombra y cubrir mis iras ciegas,
o no ha de brotar de estas tierras más que el vacío y la
muerte.

Todos los profetas han sido falsos profetas.
Ha de venir un viento de fuego que abraza a los hombres,
o ha de venir un viento helado que abraza sus cuerpos y
los convierta en sal,
o nada ha de venir y el sol continuará sobre nuestras
cabezas como una corona de luz.

¿Qué se puede saber cuando Dios es sinónimo de arena?,
¿qué se puede saber, sino que a una palabra ha de seguirle
otra palabra?

Pero yo tal vez no he de alcanzar siquiera esto.

EL MENSAJERO

*Al mensajero
tres años lo esperamos tenazmente
atisbando de cerca
los pinos la playa y las estrellas.*

Y. Seferis

1

Yo soy el mensajero,
al que los hombres de manos cansadas aguardaron en vano
durante meses bajo los humores opuestos del cielo,
al que aguardaron hasta que ya no fue necesaria mi voz
y supieron por los pasos de los exhaustos guerreros
quiénes regresaban triunfantes a besar la tierra que dejaron
y quiénes no descenderían jamás de las oscuras naves.

Tarde he llegado.

La barba ciega que roza la vejez de mis rodillas
conoce los años que anduve buscando arribar a estas
playas.

Tarde he llegado, bien lo sé.

Digo sin embargo:

«Mis ojos, que ahora beben la altura de la noche
han visto un tiempo de fuego y un tiempo de cenizas».
Mis palabras caen en la arena como gaviotas muertas.
Otra vez el silencio corona las sombras.

Dijo el capitán de la nave:

«Esta es, anciano, la tierra que nombraste»,
señalando con los labios un punto donde las olas gemían
como ciervos de plata heridos por la saeta.

Luego fue el descender a la ceguera del agua y el sentir
que el frío hecho lanza de fresno punzaba mis oídos.
Luego fue el recostarme en la arena y el cubrir
mis ojos mudos con piedras expuestas al odio de los
dioses.

«Esta es la tierra que nombré».

(El capitán de la nave esperó de mis labios estas palabras,
pero de mis labios sólo obtuvo un antiguo silencio.)

Pienso ahora que debí haberlo complacido,
tal vez así no hubiese tocado inútilmente el alto mástil
y habría contemplado mi lento caminar hacia la arena).

Esta es la tierra de donde partí hacia una mujer cuya
belleza era la de la luna en un cielo despojado de
nubes,

ésta la tierra donde esperaron mi palabra y mi regreso,
ésta la tierra donde comprendí una tarde de invierno que
era mortal como el lenguaje.

Atrás, todavía,
debe gemir el mar, y las gaviotas
deben seguir su curso inevitable hacia las sombras.
Los caracoles seguramente han silenciado para el hombre
historias de tiempos primigenios,
y en las arenas
no se habrán de trazar signos que develen las voces del
poeta.

Toco la carne muerta del árbol:
guerrero viejo y barbado que ha sucumbido frente al
tiempo.
Mis manos, flores marchitas mordidas por la noche
me señalan un silencio inacabable.

Adelante se perpetúa el desierto.

¿Esta es la ciudad que dejé cuando mis años eran los que
señalaban con infantil orgullo los dedos laboriosos?
¿Esta la tierra que entregaba magnánima sus frutos a
cambio de la agonía de nuestras espaldas?

Yo nací también al pie de este árbol
y mientras la luz de los astros besaba mis cabellos,
componía poemas para agradar a las muchachas.
Ahora sólo el frágil peso de estas plantas
en un camino recorrido por mujeres que llevaron cántaros
de agua sobre sus cabezas,
por hombres que humedecieron de sudor los blancos
vestidos,
por toros que fueron luego degollados y entregados al
calor de los altares.

Las rocas que antes formaran edificios
yacen desperdigadas como infértiles semillas.
¿Este es el templo donde escuché por vez primera la voz
indubitable del oráculo?
¿Este es el templo donde se posaban las miradas serenas
de los dioses?

Mejor no preguntar,
en vano aguardo una respuesta.
Mejor cubrirme con arena y dormir el sueño enceguecido
de la piedra.

EL DESTERRADO

*El año treinta, el día quinto del cuarto mes,
encontrándome entre los desterrados, a orillas
del río Kebar, se abrió el cielo y contemplé
visiones divinas.*

Ezequiel

Pongo mi mano sobre ti
porque tu barba y tus cabellos son los hijos del hombre,
porque tu barba y tus cabellos han de crecer abundantes
sobre una danza de luz.

Ha pasado el tiempo de rapar cabezas.
Si seis justos empuñan el látigo
será para dejarlo en la tierra y ver cómo nace de él una
parra fértil;
si un hombre de ropas ligeras hace signos en las frentes
los hará en todas, incluso en la mía.
¿Pero yo soy el Dios?

El águila y el toro han depuesto su orgullo.
Atraviesa las paredes de los templos y observa los ídolos
que acaso guarden más verdad que mi palabra;
sube a las montañas, no para hablar con ellas
sino para cantar con voz nueva que yo, que copulé con la
mujer o la ciudad,
he arrojado las espadas hacia la noche.
Ha pasado el tiempo del león, ¿pero yo soy el Dios?

Mira ese río que mis manos no hicieron:
como las aguas se alejan, así nos alejamos del origen;
por ello cuando tu esposa llegue a las arenas
deja correr las lágrimas más tristes
porque nada ha de devolverle la voz,

porque has de saber que más allá de la orilla no hay otra
orilla.

No pronuncies mi nombre,
no preguntes, que desconozco toda respuesta
y come de este libro que te ofrenda el mayor desterrado de
la tierra.